

#### UNA VISITA Á LA ISLA DE HOUAT

Una hermosa claridad de verano, igual y limpia, acababa de levantarse en la bahía de Quiberon, cuando entrábamos á bordo de la lancha del práctico que nos había de llevar á la isla de Houat. La brisa, que siempre reina en algún punto

de la vida de aquellos hombres encerrados durante semanas enteras en aquella torrecilla donde la mar y el viento hacen tanto estrépito, que los hombres se ven obligados á gritarse al oído con todas sus fuerzas para hacerse oír el uno del otro.

Cuando hubimos doblado el faro, la isla de Houat empezó á aparecérsenos poco á poco, á levantar por encima de las olas del mar su tierra pedregosa, en la cual el sol hace un simulacro de vegetación, tintes de frutos maduros y matices de prados con hierba.

A medida que nos aproximamos, el aspecto cambia; aparece el terreno tal como es en realidad, desolado, quemado por el sol y por el mar, erizados de abruptas lomas; á la derecha, un fuerte desmantelado, abandonado; á la izquierda, un molino que nos da con el movimiento de sus aspas la idea del viento de tierra, y algunas casas de techo muy bajo agrupadas alrededor de su campanario; todo ello sombrío, espaciado, silencioso. Cualquiera diría que aquel lugar estaba deshabitado, si algunos rebaños esparcidos

por las lomas, en los vallecitos accidentados de la isla, no apareciesen, á lo lejos, andando, tendidos ó pastando en aquella endeble salvaje vegetación.

Algunas caletas de arena forman de



trecho en trecho curvas claras y suaves en medio de aquella desolación de rocas.

En una de esas caletas desembarcamos, no sin trabajo, porque en la baja mar no hay fondo para el bote y se vieron obligados á dejarnos sobre piedras mojadas y resbaladizas, donde las ovas enganchan su larga cabellera verdo-

sa que el agua desenreda y dilata; pero en aquel momento se amansa formando montones pegajosos que hacen que el pie falte á cada instante. Por fin, después de muchos esfuerzos, logramos trepar á la costa brava y dominar desde allí todo el horizonte de alrededor.

Cuando el tiempo está despejado, parece que las costas se aproximan, y el golpe de vista es admirable. Se ve el campanario del Croisic, el de la aldea de Ratz, á diez ó doce leguas del mar, y todo el dentellón del Morbihan, Saint-Gildas de Rhuiz, los ríos de Vannes y de Auray, Locmariaquer, Plouharmel, Carnac, la aldea de Quiberon y los pequeños caseríos que se esparcen por toda la península.

Al lado opuesto, la línea sombría de Belle-Isle se prolonga hacia el mar, y las casas del palacio relucen en una clara. Pero si la perspectiva de los alrededores se ha ensanchado, la de Houat, en aquel momento, está enteramente perdida para nosotros. El campanario, el fuerte, el molino, todo ha desaparecido en los pliegues de un terreno, ondulado

y trabajado como el mar que lo rodea. Nos dirigimos, sin embargo, hacia el pueblo por un sendero tortuoso, resguardados por esos pequeños muros bretones contruidos de piedra, llenos de cruces y de revueltas.

Por el camino observamos la flora de la isla, verdaderamente asombrosa en aquel peñasco combatido por todos los vientos: los lirios de Houat, dobles y olorosos como los nuestros; malvas, rosales de pasión y el alga marina, cuyo perfume ligero y fino forma natural armonía con el canto de las alondras grises, que abundan en la isla. Campos de trigos recién segados y de patatas se extienden alrededor nuestro; pero en todas las tierras en barbecho, la landa, la triste landa sólida, armada, corre, escala, se agarra y florece amarillenta entre sus espinas.

Al acercarnos, los rebaños se vuelven; las vacas, acostumbradas á la cofia blanca y al sombrero de Morhiban, nos miran largo rato con sus mortecinos enormes ojos. Por todas partes encontramos el ganado agrupado, disperso, li-

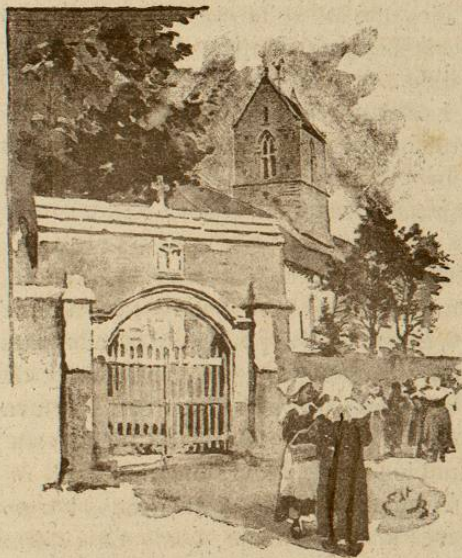
bre de toda vigilancia y de toda traba.

Por fin, en un pliegue del terreno, al abrigo de las tormentas y de las brumas del mar, vése el pueblo con sus techos bajos y pobres, apretados unos contra otros, como para hacer frente al viento, y separados, no por calles, cuya línea recta dejaría paso á la tempestad, sino por callejones, plazoletas caprichosamente formadas, que en los meses en que nos encontramos sirven de eras para trillar la cosecha.

Caballos á medio domar, cuya raza recuerda un poco la de los Camarguais, enganchados dos á dos ó tres á tres para dar vuelta á sus círculos designados, trillando el grano que hace revolotear en el aire el polvillo que de él se desprende. Los guía una mujer con un puñado de paja en la mano; otros, armados de horquillas, van echando el trigo alrededor de la era. Nada notable en el traje; pobres vestidos sin dibujo y descoloridos, y tocas amarillentas, que resguardan rostros color de tierra; pero la escena en sí tiene un pintoresco sabor primitivo. Suben, mezclados, relinchos, refre-

gonos de paja, voces claras que hacen sonar las duras sílabas guturales del dialecto bretón.

Tal como es aquel pobre pueblecillo



del Morbihan, recuerda un aduar africano; es el mismo aire enrarecido, viciado por el humo de las hogueras que hacen en las puertas de las casas; la misma fa-

miliaridad entre las bestias y las personas; el mismo aislamiento de un pequeño grupo de gente en medio de la inmensidad; además, las puertas son bajas, las ventanas estrechas y abiertas en las paredes que miran al mar. Se siente la miseria luchando contra los elementos enemigos.

Las mujeres trabajan en el campo y se cuidan de los animales; los hombres pescan, corriendo grandes peligros. En el momento en que llegamos, todos estaban en el mar, á excepción de un viejo, que tiritaba de fiebre, á quien vimos sentado en el suelo haciendo cuerda; del molinero, que no es del pueblo, y al cual paga el Ayuntamiento mensualmente, y del señor cura, que no sólo es el más elevado personaje de la isla de Houat, sino también su verdadera originalidad.

Aquí el cura monopoliza todos los poderes absolutamente, como un capitán de barco. A su autoridad sacerdotal une la de sus funciones administrativas. Es alcalde pedáneo del pueblo, síndico de los marineros; tiene á su cargo también la vigilancia de las obras militares, fuer

tes ó fortines construídos en la isla, los cuales, en tiempo de paz, no están guardados ni guarnecidos por nadie. Que surge una contienda entre marineros á propósito de una pesca de langosta, de un reparto de pesca: el señor cura se convierte en juez de paz. Que en la taberna se arma un poco más ruido de lo conveniente el domingo por la noche: el señor cura se pone rápidamente una banda encima de la sotana, y hace, si es menester, las veces de guarda campestre.

No hace mucho tiempo todavía descendía á más ínfimos oficios. Tenía el monopolio de las bebidas, y hacía que las distribuyese una beata por un ventanillo. Tenía también la llave del horno común, adonde cada cual va á cocer su pan. Todas esas eran precauciones de destierro, la reglamentación de víveres de mar, introducida en aquella isla, entregada á los azares de las olas como si fuera un barco.

Desde hace tres ó cuatro años, las antiguas costumbres se han modificado un poco; pero el principio está siempre en

pie, y el cura actual de la isla, un hombre inteligente y vigoroso, parece que tiene la fuerza suficiente para hacer respetar su múltiple autoridad. Vive cerca de la iglesia, en una casita modesta, rodeada por dos álamos, una magnífica higuera, un jardín de flores y algunas gallinas, todo lo cual la hace parecer una casa del continente.

Allado de la casa del cura está la escuela para los niños y las niñas, dirigida por religiosas, que se encargan también de distribuir á todas aquellas pobres gentes medicinas, cuidados y consejos.

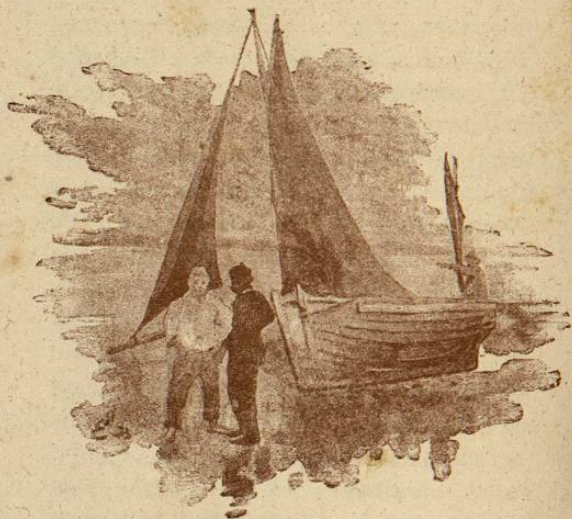
En la casa de las religiosas está también el cable telegráfico submarino, que pone en comunicación á Houat con Belle-Isle y con el continente. Una hermana recibe y transmite los despachos; ví al pasar su abandonada toca inclinada sobre la aguja eléctrica.

Nos dieron también otras noticias bastante curiosas relativas á la isla de Houat y su población, en el comedorcito blanqueado y con el techo de vigas al aire, donde nos llevó el señor cura y nos hizo sentar. En Houat no hay pobres.

Un fondo municipal provee á todos de lo necesario. El pescado abunda en la costa; los pescadores van á venderlo al Croisic ó á Auray, y lo venden siempre bien; pero la carencia de un buen fondeadero en toda aquella costa pedregosa hace que la gente de Houat no sea completamente feliz. Es frecuente que, cuando hace mal tiempo, las chalupas se vean obligadas á hacerse á la mar en busca de sitio donde poder refugiarse de los mayores peligros. Algunas veces también ocurren accidentes en el puertecillo, protegido por un pequeño muro de construcción primitiva. Así es que la mayor ambición del cura de Houat es la de obtener un fondeadero para las siete chalupas que constituyen la marina del país. Lo dejamos acariciando esa esperanza.

Al salir del pueblo pasamos por delante de la iglesia; nos detuvimos un momento en el pequeño cementerio, inculto, silencioso, cuyas pocas cruces negras parecen mástiles en un puerto, en el horizonte que nos rodea; y como nos asombraran los pocos epitafios y tumbas

construidas en un cementerio tan antiguo, nos dijeron que hasta el año pasado—es otro efecto de las costumbres marineras de la isla de Houat—habían cavado siempre las fosas en cualquier parte, entregando así á la tierra los muertos anónimos, como sucede en las largas travesías con los muertos que tiran al mar...



## ÍNDICE

	Páginas.
Emilio Ollivier.....	1
Gambetta.....	17
Historia de mis libros (Numa Roumestan).....	45
Los franco-tiradores.....	63
El jardín de la calle de los Rosa'es.....	75
Una evasión.....	83
Los palacios de verano.....	97
El naufragio.....	111
Historia de mis libros (Los reyes en el destierro)....	121
Una lectura en casa de Edmundo Goncourt.....	149
Gente de testro (La Déjazet).....	171
Félix.....	179
La señora Arnould-Plessy.....	185
Adolfo Dupuis.....	191
Lafontaine.....	197
Notas sobre París (las nodrizas).....	209
Notas sobre París (los salones ridículos).....	235
En provincias (Un individuo del «Jockey-Club»)....	245
Las carreras de Guérande.....	257
Una visita á la isla de Houat.....	271

COLECCIÓN JUBERA

OBRAS PUBLICADAS

VOLUMEN I

4 pesetas en rústica y 5 encuadernado á la inglesa.



ROBERTO HELMONT

DIARIO DE UN SOLITARIO

POR A. DAUDET

Edición ilustrada con 16 cromotipias y 112 fotograbados.

VOLUMEN II

3,50 pesetas en rústica y 4,50 encuadernado en piel á la inglesa.



Treinta años de París.

Á TRAVÉS DE MI VIDA Y DE MIS LIBROS

POR A. DAUDET

Edición ilustrada con 118 grabados tirados en diversos colores.





FONDO BIBLIOTECA PUBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEON  
MEXICO: IMPRESOR.



LIBRARY OF THE  
STATE OF NEW LEON



BIBLIOTECA PUBLICA

---

A faint, circular blue ink stamp or smudge is located below the text "BIBLIOTECA PUBLICA". It appears to be a secondary seal or a mark from another library, but the details are too faded to discern clearly. It is centered horizontally below the text.

